

LOS PRIMITIVOS

LOS NAIRES

ó la nobleza guerrera y la familia maternal ⁽¹⁾

Un canto errático en campo cultivado, en medio de un jardín, un menhir levantando su cabeza de granito por encima de las vincas, clemátidas y rosas trepadoras, tal se nos presentan los naires, que en un Estado de los más cultos han conservado con tenacidad singular la costumbre de la Familia Maternal, una de las más antiguas de que tengamos conocimiento, y sin la cual muchos primitivos serían inexplicables. Esos residuos de prehistoria, incrustados en la civilización oriental, no son la menor maravilla del *Pais de los diamantes y piedras preciosas*.

Desde el cabo Comorín á Mangalora, entre los Ghats y el mar de las Indias, se extiende Malabar ó Malayalam, palabra tomul que significa: «banda de terreno al pie de los montes». Poco de llanuras, suelo muy accidentado. El paisaje es muy parecido al que tanto se admira en las Sandwichs y otras islas de Oceanía.

(1) Tanto para la idea principal, como para la mayor parte de los documentos en su apoyo, el presente estudio ha sido sacado de la monografía que Bauchofeu, un sabio y un pensador, ha publicado en los *Antiquarische Briefe: La Famille Maternelle chez les Nairs*.

Lluvias abundantes dan al «jardín de la península» una vegetación feracísima. Del más pequeño terrón sale una flor, y hasta la arena verdea. Las olas del mar bañan los troncos de los cocoteros; por encima de los arrozales, sobre cada eminencia, elévanse bosquillos de árboles: mangueros, bambúes, bananeros gigantes, cactus de flores rojas, púpulas de follaje tembloroso, papayos de enormes hojas palmeadas, dispuestas en verticilos.

En medio de esa verdura están diseminadas pagodas y casitas blancas, por encima de las cuales el áreca, la más graciosa de las palmeras cimbre sus palmas al menor soplo del viento. Entre los arrozales y campos de caña se atraviesan avenidas de ananas y áloes; á la más pequeña aldea se entra por entre dos hileras de árboles de sombra bienhechora. La naturaleza se muestra bella, el cielo clemente y la tierra generosa. Digamos con Firdousi: «El calor es fresco y tibia la frescura.» En parte alguna tendría el hombre menos derecho á decirse y sentirse desgraciado.

El suelo fértil que produce tantas flores y tanto fruto sabroso, da origen á bellos tipos humanos, á hombres bien formados, á mujeres de admirables contornos. La población está mezclada. El comercio y la pequeña industria han enriquecido á Malabar, y, cual nueva Fenicia, la inmigración ha sido numerosa. Sobre un fondo indígena más ó menos duro, sobresalen los brahmanes; los árabes moplals y los malesios se han establecido y fijado en los puertos de mar frecuentados por los europeos. Los portugueses llegaron los primeros, luego los holandeses sobrevinieron, y los ingleses viven como dueños hasta nueva orden.

Los aborígenas se dividen en castas numerosas. En

primer término está la casta aristocrática y guerrera, la de los naires. Aunque de origen sudra, dicen los brahmanes que ellos han llegado á oficiales militares y civiles, administradores de toda categoría. Con su subcasta formaban, no ha mucho, la quinta parte del contingente de la población. Venían en último lugar las tribus rústicas de los tchermour ó autóctonos, y como intermediarios los tirs, emigrados de Ceilán, según se dice, foco de artesanos, agricultores y servidores domésticos, convertidos desde tiempo inmemorial en siervos y clientes de los naires, en medieros y cortijeros. Sus mujeres, por modestas y pudorosas que sean, no quieren usar ninguna clase de vestidos de la cintura arriba, diciendo que ellas no son prostitutas para cubrirse los pechos. Son hermosas y de espléndida cabellera. Las damas inglesas que las contratan como criadas y nodrizas, han intentado varias veces ponerlas una toquilla en nombre del decoro británico, pero han encontrado siempre la firme resistencia que ellas mismas hubieran opuesto si las hubiesen invitado á ir desnudas por calles y caminos. En Malabar, al final del siglo XVIII, el sultán Tipoo pretendió imponer la costumbre de vestirse á los malayos que ganaban su vida extrayendo el jugo de las palmeras; llegó á ofrecerles todos los años la tela necesaria á expensas del Estado. Pero las pobres gentes dijeron que jamás se acostumbrarían á ponerse una piel sobre su cuerpo. Como sus humildes razones no eran atendidas, se decidieron, en masa, á abandonar el país. Visto ello por el soberano, tomó la determinación de dejarlos en paz en sus bosques. Los mismos naires cubren su cuerpo bien sobriamente; las mujeres, hasta las princesas, gastan pocas prendas más que los hombres.

Además de su fisonomía particular y ciertos detalles de su indumentaria, los brahmanes se reconocen

por un penacho de cabellos que echan hacia adelante, penacho que todos los otros se echan hacia atrás. Los naires se afeitan la cabeza no dejándose más que un pequeño mechón, con un nudo en la punta, que se extienden por la cabeza; las mujeres tienen el buen sentido de respetar toda su cabellera, de un negro brillante. Color moreno de aceituna, finas extremidades, talle elegante, actitud noble, porte distinguido. Es una raza bien hecha que, según el decir de Richard Bouston, se parece singularmente á los retratos que se hacían al finalizar el siglo XVIII, de los insulares del Pacífico.

Los naires del antiguo tipo eran guerreros espartanos, y tan caballeros como los de una Corte de amor. Todos sabían por lo menos leer y escribir; pero su principal educación se hacía en el gimnasio y en la sala de armas, en donde aprendían á despreciar el cansancio, á no preocuparse de las heridas y á demostrar una valentía que con frecuencia frisaba en temeridad y hasta en locura. Entraban en combate casi desnudos, lanzaban con igual habilidad su lanza hacia atrás como hacia adelante, tiraban con el arco tan diestramente que con frecuencia iba una flecha á picar sobre otra. Su extraordinaria agilidad les hacía temibles en los combates de los bosques y encrucijadas. Los que el príncipe reclutaba para su escolta, tenían vergüenza en no seguirle, y en esos casos uno solo hacía frente á cien. Oigamos á Pyard, que les vió en sus buenos tiempos:

«Los naires... son todos señores del país, que viven de sus rentas y de las pensiones que les concede el rey. Son éstos los hombres más bien formados, los más bellos y bien proporcionados que yo vi jamás. Son de color obscuro aceituna, y todos de alta estatura; por lo demás, los mejores soldados del mundo, atrevidos y valientes, fuertes y diestros en el manejo de las

armas, con tal ligereza y agilidad de miembros que se doblan en todas las posturas imaginables, de suerte que paran y esquivan sutilmente todos los golpes que se les puedan dirigir y se lanzan sobre el enemigo al mismo tiempo.»

En resumen: jamás se vieron más brillantes soldados. Tal vez por eso su orgullo no era pequeño. Todo individuo de casta inferior que se hubiera permitido tocarlos ó rozarlos con su aliento, venían obligados á matarle ó á perecer ellos mismos. Aun hoy, cuando la policía les confía la custodia de prisioneros plebeyos, es interesante ver cómo no se aproximan á ellos, no pensando sino en mantener la distancia; parece que les temen. Han llegado hasta negarse á entrar en batalla con enemigos juzgados inferiores; hubiera sido faltarles al respeto oponiéndoles simples Tayeros, y á últimos del siglo antepasado, un príncipe hubiera creído ofenderles mortalmente poniéndoles ante adversarios simples, agricultores ó soldados sin grandes honores. Pero esta vanidad no es sólo un hecho de los naires; todos los ejércitos aristocráticos tienen su dosis.

Véase sino lo que dicen Rigord y Guillaume le Breton:

«En la batalla de Bouvines, los caballeros flamencos, después de haber derribado algunos hombres de armas, les despreciaron, no queriendo combatir sino con gentileshombres... Se indignaron al ver que la primera carga dirigida contra ellos no hubiese sido dada por caballeros, según lo conveniente, sino por gentes de Soissou, conducidas por un tal Garín. Demostraron una repugnancia extrema en defenderse, porque es la última de las vergüenzas, para gentes salidas de sangre ilustre, ser vencidas por hombres de la plebe. Quedaron, pues, inmóviles en sus puestos.»

Está prohibido reducir á prisión á un nair. Se defendía de una acusación contra él lanzada por la or-

dalia — cogía un hierro al rojo, lo llevaba alguna distancia, metía la mano en aceite hirviendo, é iba á tomar un baño en un estanque de cocodrilos. Si la acusación resultaba probada, emisarios del rey tenían la misión de matarle donde fuese hallado, dejando la orden clavada en el cadáver.

Su divisa era: «¡Honor y galantería! ¡Amor y batalla! ¡Mi espada es mi amada!» En lo concerniente al honor, eran delicados y quisquillosos. Detalle digno de mención: las partes interesadas no siempre ventilaban sus querellas personalmente; amigos de ambas partes solventaban las diferencias, sobre todo si eran cuestiones de ordea civil y en litigio había intereses considerables. Los segundos se tomaban el tiempo necesario, se ejercitaban en la esgrima, atendían á sus propios negocios; el encuentro podía ser aplazado hasta doce años, como último término. Las cuestiones de y en general los duelos judiciales, procuraban una pequeña renta al rey, arbitrio oficial cuya intervención era pagada según la fortuna de los litigantes.

En otro tiempo, en Malayalam se habían precavido contra el peligro de que el Estado cayese en poder de un viejo, y de que un monomaniaco decidiese las cuestiones interesantes. La Constitución exigía que el príncipe que hubiere reinado doce años, no ocupara el trono ni un día más; era preciso que el Hijo del Sol volviese al reposo después de haber trabajado durante un ciclo. A última hora presentaba al pueblo su sucesor, y luego le daba de puñaladas.

La costumbre tenía su razón de ser, puesto que otras poblaciones, en Africa notablemente, la pusieron en vigor. Pero á los príncipes reinantes, como se comprenderá, no les agradaba mucho el sistema, y si podían lo burlaban. El soberano de los tolteques había obtenido una latitud bastante razonable: antes de que se le hiciese morir, sus pueblos le concedían cincuenta y

dos años de reinado, la duración del ciclo mejicano. El buey Apis gozaba de su divinidad durante veinticinco años.

Fiestas magníficas y un gran jubileo se anunciaban en Calicut para cerrar dignamente el reinado del monarca. Llegado el gran día, el rey inauguraba por sí mismo sus propios obsequios, y yendo á la cabeza de una procesión, compuesta de sus más altos dignatarios, bajaba hasta la orilla. Cuando sus pies habían tocado el agua, bajaba sus armas, deponía su corona, se despojaba de sus vestidos, sentábase sobre una almohada y cruzaba sus brazos. Después cuatro naires, á los que había rogado insistentemente que le prestaran un último servicio — el de degollarle, — tomaban un baño en el mar, junto al príncipe. Los brahmanes los purificaban, los vestían de gala, los empolvaban con azafrán, los rociaban con agua perfumada y luego les entregaban sable y escudo. Al grito de «A ellos», los campeones se arrojaban sobre los guardias, dispuestos en cerrado batallón alrededor del rey, y dando estocadas y cuchilladas intentaban abrirse paso hasta el hombre sentado sobre la almohada. Increíble ó no, la leyenda afirma que más de uno de esos desesperados clavó su espada en el pecho real. El vencedor entonces subía al trono que tan bien había ganado: «Quitate tú para que yo me ponga.» Después de todo, si el príncipe era impopular, los regimientos desafectos decidían la prueba de falta de destreza.

Parece ser que en los tiempos antiguos los arias enviaron á Malayalam expediciones conducidas por sacerdotes que se apoderaron del país, sometieron á sus habitantes á la servidumbre sin encontrar seria resis-

tencia. Lo difícil que fué la conquista, las leyendas lo hacen suponer, presentándonos á Vichnú haciendo ante los hombres divinos emerger la tierra del fondo de los mares. Los recién llegados no tuvieron que partir con los kchatryas, ó guerreros, que, por otra parte, hacían vacilar el poder de los brahmanes y los obligaban á sostener una lucha secular, en la cual los triunfos alternaban con los reveses. Pero es peligroso vencer cómodamente. No teniendo que contar ni con enemigos ni con rivales, los conquistadores ocuparon su actividad y habilidad en combatirse entre ellos. Los sacerdotes señores, provocaban á los señores sacerdotes; los santos personajes se robaban y se destruían alternativamente, y después de haberse mutuamente debilitado, viéronse obligados á aceptar la soberanía de un príncipe temporal, con residencia en Qadesh. Las teocracias son fecundas en esas desgracias, inexplicables, según se dice. Pero las disensiones intestinas habían relevado poco á poco al elemento indígena, que dió origen á la aristocracia militar, llamada de los naidres. Comerciantes árabes se establecían en los puertos, se enriquecían al mismo tiempo que el país, del cual hicieron un depósito de mercaderías de Europa y África, del Decán de la Persia y de la China. Poco á poco cambiaron en Malayalam el centro de gravedad, hicieron inclinar la balanza del poder. Como sectarios del Islam, se entendían mejor con los indígenas que con los brahmanes, henchidos de ortodoxia védica, hasta el punto de que una revolución estalló en la segunda mitad del siglo XII. El bajo pueblo, la aristocracia local y los comerciantes extranjeros, combinando sus esfuerzos, derribaron el régimen sacerdotal. Tcher Rouman, personaje histórico ó legendario, cuyo nombre indica ser un representante de los «hombres del sueño», reunió los ejércitos, dió grandes batallas y obtuvo victorias. La facción sacerdotal sufrió la pena del or-

gullo que le había impedido confundirse con la nación; la nación sacudió el yugo, la obligó á declararse vencida y á entablar tratados. Tcher Rouman dividió el país en doce distritos, bajo doce gobernadores con residencia en doce ciudades, las más antiguas. Quilon fué reservado para los brahmanes, vencidos decididamente, que aceptaban ó parecían aceptar el nuevo estado de cosas. La Cananora de nuestros mapas; Nannour, de donde había surgido la revolución, tomó un carácter esencialmente indígena. Otra ciudad, Caricot ó Calicut, fué fundada y mantenida independiente para convertirse en almacén árabe, como cuartel general de la nueva confederación, y residencia del presidente, que tomó el nombre de Gran Tamoul. La sucesión al trono, que hasta entonces se había efectuado de padres á hijos, siguiendo el derecho de los conquistadores, fué en lo sucesivo entregada al sobrino, hijo de la hermana, conformemente al derecho primitivo.

Se adivina que la revolución que puso fin al régimen brahmánico, tomaba sus orígenes en el orden social; hasta entonces dos sistemas habían estado en lucha irreconciliable durante una larga sucesión de generaciones: el Patriarcado de las razas privilegiadas y el Matriarcado, esencialmente popular y democrático. Así es que los brahmanes, á pesar de su fuerza y destreza, no pudieron imponer definitivamente á sus súbditos de Malabar el hábito que traza la demarcación entre dos mundos: el de los pueblos que tienen historia y el de los pueblos que carecen de ella. Parécenos que el gran hábito sobre el cual nuestras civilizaciones modernas están fundadas, debió imponerse por sí mismo, ó hacerse aceptar sin grandes combates, si hubiese verdaderamente poseído la superioridad que se le atribuye. Pero no nos anticipemos á las explicaciones que daremos después.

La revolución popular triunfó sobre el sistema aristocrático; hizo más, se mantuvo, y el país entró en una era de prosperidad. Al finalizar el siglo XIII Marco Polo se maravillaba de la riqueza de las ciudades y de la riqueza de los campos; prosperidad que Camoens y los portugueses admiraban aún á mediados del siglo XVI.

Oigamos á Francisco Pyrard lo que dice sobre el particular:

«El Calicut, el Samori ó Zamorin es uno de los más grandes y de los más ricos príncipes de la India. Puede poner en armas 150.000 naires, sin contar los malabares ó mahometanos, tanto de su reino como de todos los piratas y corsarios del país, que son numerosísimos. Todos los reyes naires de esta costa son sus vasallos, le obedecen y ceden á su grandeza, á excepción del de Cochín, con el cual vive casi siempre en guerra desde que los portugueses ocupan esta ciudad.»

La llegada de los portugueses y su invasión, pacífica al principio, asestó el primer golpe á la existencia de la confederación, que después desagregaron y dismantelaron los holandeses, los franceses y finalmente los ingleses, los cuales consiguieron la total conquista.

Tres religiones se ocuparon en Malabar contra la familia maternal: la de Brahma, la del Evangelio y la de Mahoma.

Según una leyenda que sería difícil de probar y de refutar, el apóstol santo Tomás hubo de abordar esos parajes, donde sus predicaciones le valieron las palmas del martirio, lo que se prueba por el hecho de que la tierra quedó roja en el lugar del suplicio. Los peregrinos que se administran esta arcilla, se sienten in-

mediatamente curados de sus calenturas y otras enfermedades (Marco Polo); prodigio parecido al de Tintah, en Egipto, en donde todo un campo quedó encarnado con la sangre de los mártires, en número de ochenta mil, todos degollados en el mismo sitio (Pablo-Lucas). La gloria de Santo Tomás penetró hasta en la Galia merovingia, y san Gregorio, escribiendo en la ciudad de Tours, dice que en la capilla mortuoria del apóstol «...una lámpara colocada delante de la tumba arde día y noche sin mecha y sin estar alimentada por aceite. El viento no la apaga, jamás se vuelca y hace luz sin consumir. Está alimentada por una virtud del apóstol, desconocida para el hombre, pero se siente en ella el poder divino.»

Es interesante oír lo que dicen los viajeros respecto á esos cristianos, los tomistas, llamados también jacobitas. Parece ser que poseen gran cantidad de libros que tratan de los sortilegios, con los cuales aseguran ellos que los sacerdotes hacen lo que quieren, y que los diablos les obedecen (Tavernier)... Ellos invocan á los santos, ruegan por los muertos, pero ignoran el Purgatorio. Su agua bendita goza de propiedades milagrosas — sin duda porque está mezclada con la predicha tierra encarnada, — rechazan la transubstanciación, comulgan con arrak en vez de vino (Paoli), con pan de trigo fermentado, sazonado con aceite y sal, y para consagrarlo, hacen caer el bizcocho sobre el altar por un agujero practicado en el techo.

Lo mismo que la iglesia primitiva, celebraban ellos agapas con manjares sin sangre, arroz, pastas, miel y caña de azúcar. Para bautizar á sus hijos les imprimían en la frente el signo de la cruz con un hierro ardiendo; se dice que los cristianos de Abisinia conservaron mucho tiempo esa costumbre, y en cuanto los habían marcado así, aun cuando fuesen niños de pecho, les hacían comulgar bajo las dos especies. A

los sacerdotes se les llama kassanar, se casan y llevan luenga barba. El día de Viernas Santo revientan los ojos á Judas Iscariote; al postre presentan un bizcocho que cortan en pedazos; cada cual á su vez va y se come un pedazo. Por Pascua, los fieles relatan sus grandes pecados en un pedazo de papel, con los que llenan un cañón de bambú; luego disparan y la explosión lanza al aire los mil pecados de la comunidad, de los cuales ya no se hablará más. El censo de 1772 arrojaba una cifra de cuatrocientos mil jacobitas.

En tiempo de sus primeros fervores, esos nuevos convertidos, imbuídos de doctrinas traídas de Siria y de Armenia, pensaron constituir en Malabar un nuevo orden de cosas: abolir el antiguo matriarcado, inaugurar un patriarcado mucho más riguroso que el brahmánico. Declararon al sexo femenino sin ningún derecho á heredar y sus descendientes continuaron dándolo todo á los hijos, nada á las hijas.

Las conquistas de los portugueses hicieron al principio mucho favor á los cofrades cristianos los *Nasarani*, los cuales, por lo demás, no tenían necesidad de protección. La opulenta Calicut debía su prosperidad, su poder y su riqueza á la tolerancia de todos los cultos. «Cada cual vive en plena libertad de conciencia,» observaba Pyard, que no estaba acostumbrado á ver por entre los cristianos de Europa tal espectáculo. En 1541 sobrevino el sorprendente Francisco Javier, que, asistido por algunos compañeros, hizo la pesca más maravillosa que entrara jamás en la barca de San Pedro: quinientos mil hombres con sólo una redada. El mismo se quejó varias veces de tener el brazo dolorido por el cansancio — los bautismos por cientos de cientos, — y lamentaba también no comprender una palabra de lo que le contaban sus neófitos. No hay duda que la secta pudo constituir un partido poderoso, gra-

cias á los lusitanos, sentar definitivamente su poder, por el cual los cristianos de Occidente tomaron como un deber tiranizar á sus hermanos de Oriente, tratarlos como heréticos, lo mismo que hicieron con sus cofrades de Abisinia, no menos milagrosamente convertidos. Los jacobitas cometieron la imperdonable torpeza de no haberse sometido inmediatamente al obispo de Roma; se obstinaron en rechazar las nuevas plegarias, liturgias y encantaciones latinas, de las que no entendían ni jota, y en conservar sus fórmulas siriacas, de las que tampoco comprendían nada, pero las cuales decían haber sido dictadas por Nuestro Señor Jesucristo en persona; se defendían diciendo que sus fórmulas sacramentales perdían fuerza y virtud desde el momento que sufriesen la menor reforma, aun cuando no fuese más que en la pronunciación. De las dos partes se obstinaron más en aquello que conocían menos.

Las cosas estaban ya bastante mal, cuando aparecieron los jesuitas. La misión romana cayó en gracia de los príncipes, de los habitantes y hasta de los sacerdotes. Se llamaban á sí mismos los brahmanes de Occidente, se vestían como brahmanes y comían como tales, demostraban disgusto por todo lo que no era del agrado de los brahmanes, se adaptaban á las prácticas y costumbres de los brahmanes, hicieron decidir, por un concilio de su devoción, que el cordón sagrado, llevado por los brahmanes, en su calidad de regenerados, ó «dos veces nacidos», está desprovisto de toda significación religiosa, y no tiene más que un valor de distinción social, puramente social. Ellos mismos imaginaron dividirse en jesuitas de alta y baja casta; y cuando un jesuita llevado en un palanquín encontraba á un compañero marchando á pie, los dos jesuitas parecían no conocerse. Esforzándose para dar á sus doctrinas el color brahmánico, llegaron á forjar un quinto libro de los Vedas, que fingieron descubierto

por casualidad. En él estaba contenida toda la revelación cristiana. Brahmanizando para que los brahmanes se cristianizaran, hicieron tal amalgama de ritos brahmanocristianos y cristiano brahmanes, que entre Cristo y Krichna no se hubiera podido distinguir. Pero hicieron á miles las conversiones. Nadie mejor que ellos practicó el precepto dado por el apóstol San Pablo: «Hacerlo todo á todos.»

Más severos, mucho más severos, los carmelitas y dominicos. reprimían esa conducta con vehemencia, no escatimando los epítetos de perjuro y superchería. El Papa no sabía á quien escuchar. Pero unos y otros estaban bien de acuerdo para tratar á los pobres jacobitas con rigor inflexible. Las hazañas de la Santa Hermandad en Malabar y Ceilán, las hogueras y los autos de fe de Goa, fueron tristemente célebres. Numerosos jacobitas se marcharon á otros países, su obispo se refugió en las sierras, lo que le valió el sobrenombre de «prelado cimarrón». La Inquisición trabajó tan bien, que suprimió la mayor parte de los heréticos, es decir, de los cristianos primitivos.

Los supervivientes acogieron con suspiros de satisfacción á los holandeses que, en 1663, se apoderaron de Malabar. El arzobispo huyó á su vez, pero al arremangarse la ropa para correr, lanzó rayos de excomunión sobre su cofrade el obispo siriaco y sobre todo el viejo partido que se decía de Santo Tomás apóstol.

«¡Oh, qué bello ver los hermanos
»Entre ellos unidos por igual amor!»

A su vez, los holandeses impusieron su fe dogmática; exigían á los guardas rurales y á los jueces de paz una declaración de conformidad con la Confesión helvética; hasta para firmar un simple arriendo de cortijo, era necesario demostrar, sentir la nueva fe.

El Formulario de Dorrecht era repetido bajo los mangos donde chillaban los papagayos y se arrullaban las palomas.

Por encima de esto llegaron los ingleses, quienes substituyeron la acción de los *dominies* por la de los reverendos y misioneros anglicanos. Pero su propaganda careció de celo y sus correligionarios se indignaron de tal tibieza. En efecto, los cristianos desaparecían como por encanto, no se encontraba ni uno en distritos enteros, donde antes se contaban por miles.

En medio de todos esos reveses, se había perdido de vista la cuestión del matriarcado. No obstante el impetu del primer ataque, el cristianismo no había podido derribar la antigua institución; hasta es permitido suponer que si no hizo mayores progresos durante tan larga existencia, es porque no podía tener el apoyo de aquellas que él excluía de la propiedad, de aquellas á quienes negaba todo derecho, á las que restringía la libertad y la independencia. Pues en ese país, las mujeres són más influyentes y respetadas que en parte alguna; desde tiempo inmemorial, la costumbre de Malabar no permitía que una persona del sexo femenino fuese condenada á muerte; sólo en los casos de excepcional gravedad, la criminal era vendida como esclava, ó expulsada fuera de las fronteras.

Donde la cruz había fracasado, el Islam no parece ni siquiera haber intentado el éxito. Ya hemos visto cómo se había aliado con los indígenas contra la dominación brahmánica. Los rigoristas musulmanes no han cesado de reprochar á los árabes de Malayalam la debilidad de su proselitismo, la tibieza de su oposición á un sistema evidentemente contrario á la ley de Mahoma. Aceptando lo que sentían no poder impedir, esos emigrantes habían contraído matrimonio con las hijas del país, dando origen á la raza mestiza de los Mapillas (notables), y adoptado, sin violencia al pare-

cer, la herencia siguiendo la línea femenina, régimen que del tío maternal hace el jefe de la familia, y que han aceptado igualmente los musulmanes y los laquedives.

¿Qué fué, pues, esa «familia maternal» que se mantuvo al través de tantos obstáculos, tantas invasiones y durante tantos siglos, esa familia á la cual los naires y la mayor parte de los hijos de Malabar se nos presentan tan fuertemente unidos?

Después que los memorables trabajos de Ba-Mofen y de Mac Lerman han abierto á la ciencia social nuevos horizontes, se sabe que fué, no bajo la influencia paterna, sino de la maternal, cómo la humanidad emergió de las promiscuidades primeras. Largo tiempo se ignoró la paternidad, largo tiempo la parte que el hombre toma en el acto de la generación pasó por secundaria, ó por imposible de determinar. Fué, pues, bajo la influencia de la maternidad, hecha tangible, cómo se elaboró y desenvolvió la noción de raza, de familia, de particiones y de herencias.

Al principio, todos las mujeres pertenecían á todos los hombres de la tribu indistintamente. Entre los niños que no tenían otro padre que el conjunto de los guerreros, no podían distinguirse sino por las madres, y de ahí los *clanes* maternas que existieron por largo tiempo sin rival; se han mantenido en la mayor parte de los pueblos salvajes y semibárbaros, fueron regla entre los antiguos etruscos, campanios, atenienses, argianos, pelagios, licianos y cariosenses, para no citar más. Aun en el año 33 de Ptolomeo Filadelfo, la metroúmia era ley en Egipto; los partidos que intervenían en los actos públicos aparecían como hijos de sus madres, no mencionando á sus padres; hasta el recién ca-

sado perdía su nombre para tomar el de la mujer (1), entregaba á su esposa todo lo que poseía, en previsión de la familia que tendría; no se reservaba nada como propio, deseando solamente el buen trato durante toda su vida y después una sepultura conveniente.

Tal familia, tal propiedad. Cuando la propiedad tomó forma y existencia, la transmisión se hizo por línea directa de la mujer. El «matrimonio» precedió al «patrimonio». No creemos necesario citar la «costumbre de Boreges» ó la de los antiguos íberos. No salgamos de la India inglesa:

«Los nicaborianos prefieren las hijas á los hijos. No es el hombre quien elige su compañera, para hacerla entrar en su choza, sino la mujer la que escoje su compañero y se lo lleva á la suya. Los padres que sólo tienen hijos pasan una triste vejez. Dejados por los hijos uno tras otros, mueren en la soledad y el abandono; los que tienen la suerte de tener muchas hijas son en su vejez el centro de una familia engrandeciente.» (Vogel).

«Entre los khassias de los Montes Garro, los bienes pasan de madre á hija. La mujer, directora de la comunidad, vive en su casa con su propiedad; se elige un esposo á su gusto y no mira mucho el divorciarse. Es verdad que ellas trabajan más que los hombres; esas son las que transportan en grandes literas á los viajeros que atraviesan el país.» (Stell).

Los pani kotch, vecinos de los precedentes, reconocen á sus mujeres una situación privilegiada, que ellas legitiman por un trabajo más activo é inteligente que el del sexo masculino. Ellas son las que remueven el suelo, las que siembran y plantan; ellas hilan y tejen; ellas fabrican la cerveza; ellas no retroceden ante ningún trabajo, no dejando á los hombres sino

(1) Revillont, *Papyrus démotiques*.